

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

23/2020


REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

De la Granja, José Luis, Santiago De Pablo y Coro Rubio Pobes, *Breve historia de Euskadi. De los Fueros a nuestros días*, Barcelona, Debate (Grupo Penguin Random House), 2020
(Ignacio Olábarri Gortázar)
pp. 859-865



Universidad
de Navarra

De la Granja, José Luis, Santiago De Pablo y Coro Rubio Pobes, *Breve historia de Euskadi. De los Fueros a nuestros días*, Barcelona, Debate (Grupo Penguin Random House), 2020, 367p. ISBN: 978-84-18006-07-4. 18'90€ 

Prólogo. 1. Introducción: el país de los Fueros. 2. El ciclo bélico: Fueros y Constitución (1808-1876). 3. El ciclo del pluralismo vasco (1876-1937). 4. De la Dictadura a la democracia y la autonomía (1937-1979). 5. La Euskadi actual (1980-2020). Cronología (1808-2019). Bibliografía. Siglas. Índice alfabético.

Es muy bienvenida esta segunda edición, actualizada y ampliada, de una síntesis que hizo época cuando apareció el año 2011, obra de los mismos autores y organizada de una manera muy similar a la nueva. Por ello, no es difícil la presentación y el comentario de esta edición de 2020; menos aún, cuando el profesor Caspistegui publicó, en el número 14/2011 de esta misma revista, en el marco de un perspicaz e interesante informe titulado «La saludable madurez de la historiografía contemporaneista vasca» (pp. 225-235), en el que se trataban también otros libros aparecidos en aquellos años, un comentario a la primera edición de esta obra, al que remito.

En la primera edición estaba presente «La Euskadi actual», aunque en forma de un epílogo de menos de veinte páginas. Aquí está, me parece, la más importante novedad de la nueva edición. «La Euskadi actual (1980-2020)» es ahora el quinto capítulo del libro y no es mucho más breve que los anteriores. El capítulo se plantea como un ejemplo de Historia del Tiempo Presente, que «se ha caracterizado por la recuperación del pluralismo surgido a finales del siglo XIX e interrumpido por el resultado de la Guerra Civil y la dictadura franquista» (p. 253). El punto de vista no cambia respecto a los capítulos anteriores: su eje es la evolución política, en particular la puesta en marcha y la consolidación del autogobierno, en un contexto socioeconómico y cultural muy diferente al de las etapas precedentes.

Los autores describen, como pórtico, una sociedad en profunda transformación en todos los terrenos; abordan después la puesta en marcha, a partir de la aprobación del estatuto de Guernica en 1979, del autogobierno, en la que los símbolos jugaron un papel singular: mientras el nombre y la bandera de Euskadi fueron en general pacíficos entre los ciudadanos vascos, en cambio, el escudo, el himno y el día festivo de la Comunidad fueron (y siguen siendo) temas mucho más controvertidos.

Desde el punto de vista del desarrollo de la política en la CAV durante este periodo, todos los Gobiernos autonómicos hasta 1986 fueron monocolors, con los *jelkides* Garaikoetxea y Ardanza como *lehendakaris*, a pesar de los conflictos internos dentro del PNV. En septiembre de 1986 los críticos del PNV, encabezados por Garaikoetxea, crearon un nuevo partido, Eusko Alkartasuna (EA). «La ruptura dio paso a una mayor fragmentación del campo nacionalista y a un decenio largo de Gobiernos vascos de coalición entre el PNV y el PSE (...). Paradójicamente, cuando empezaba una etapa de mayor pluralismo vasco, no sólo en la sociedad sino también en las principales instituciones, la heteroge-

RECENSIONES

neidad de su oferta (PNV, EA, EE y HB) sirvió para aumentar el porcentaje de voto nacionalista. En los comicios de 1986, éste llegó al 68%, muy cerca del máximo alcanzado en cualquier elección en la historia vasca» (p. 270).

Tras un período de buenas relaciones entre nacionalistas y socialistas, a partir de 1988, el PNV comenzó una recuperación muy importante, en detrimento de EA, de EE, que se integró en el PSOE (Partido Socialista de Euskadi-EE) y también del propio PSE. En cuanto a HB, empezó a perder apoyo popular después de que ETA cometiera algunos de los atentados más sangrientos de su historia. La última gran novedad de la década de 1990 fue el fortalecimiento del centro-derecha vasco a partir de su refundación como Partido Popular en 1989, que se vio frenado en Álava por la escisión en 1990 de Unidad Alavesa, «que convirtió el antinacionalismo vasco en el eje de su ideología» (p. 275), pero que por su propio discurso contradictorio desapareció en 2005. De 1991 a 1998 volvieron los Gobiernos de coalición, siempre presididos por el PNV; «pero el PNV se encontraba ya entonces en una encrucijada. Por un lado, era el partido que más se había beneficiado de la alianza con el PSE, convirtiéndose en eje de la política vasca. Pero a la vez, tras quince años liderando la autonomía, no se había conseguido acabar con el terrorismo y el PNV parecía quedarse sin objetivos, mientras que el voto nacionalista, en general, sufría un constante descenso» (p. 277). Como se sabe, se ha llegado a discutir si al PNV le convenía o no el fin de ETA —teoría de Arzallus sobre el árbol y las nueces—.

«La evolución de la política vasca en las décadas de 1980 y 1990 es inseparable de la influencia del terrorismo. Es más, la puesta en marcha de la autonomía coincidió con el momento de máxima intensidad de ETA. En 1980, las diversas ramas de la organización cometieron 96 asesinatos, el número más alto de toda su historia, el punto álgido de los denominados *años de plomo*, en los que las víctimas de ETA eran olvidadas» (p. 278). También esos años fueron los de la actuación de grupos «contraterroristas» que buscaban acabar con ETA por la violencia, que cometieron la mayor parte de sus asesinatos contra etarras refugiados en el País Vasco francés.

Lentamente la sociedad comenzó a reaccionar. A partir de 1984 el Gobierno francés colaboró con el español. En 1981 se había creado la Asociación de Víctimas del Terrorismo y en 1986 Gesto por la Paz que, con sus manifestaciones silenciosas después de cada asesinato, logró empezar a sensibilizar a la sociedad vasca contra la violencia. En este contexto, la firma, el 12 de enero de 1988, del Pacto de Ajuria Enea, por parte de todos los partidos democráticos vascos (PNV, PSE, EE, EA, AP y CDS) «fue la iniciativa política de mayor calado en la lucha contra ETA desde la muerte de Franco (...). En los orígenes del Pacto influyeron la mencionada escalada violenta de ETA y la moderación del PNV durante esos años, en el marco de su acuerdo de gobierno con el PSE» (pp. 281-282).

Tras el fracaso de las negociaciones de Argel, ETA volvió al primer plano de la actualidad con su intento de boicot de la construcción de la autovía de Leizarán, de Pamplona a San Sebastián: los «hijos políticos» de ETA, HB, consiguieron de la Diputación guipuzcoana del *jelkide* Eli Galdos, que se aprobara el trazado alternativo exigido por ETA, que cesó sus atentados contra las obras: claro ejemplo de democracia.

A partir de 1994 ETA inició una estrategia de «socialización del sufrimiento», aprobada por HB. Ello se tradujo en tácticas de *kale borroka* y en atentar contra objetivos especialmente sensibles, como los políticos vascos no nacionalistas, empezando por los

RECENSIONES

del PP: asesinato de Gregorio Ordóñez; secuestro de José Antonio Ortega Lara, que permanecería 532 días en un zulo; y secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco. Estos hechos, y sobre todo el último, «produjeron una reacción social sin precedentes. Multitudinarias manifestaciones clamaron a favor de la paz y en contra de ETA en el País Vasco y en toda España, acusando expresamente a HB de connivencia con ella. Lo mismo hicieron los partidos democráticos, nacionalistas y no nacionalistas, que reaccionaron de modo tajante, con el *lehendakari* Ardanza a la cabeza, exigiendo a ETA que dejara de matar en nombre del pueblo vasco» (p. 284).

Y efectivamente algo cambió: «en diciembre de 1997, la Mesa Nacional de HB fue encarcelada por haber aprovechado sus espacios electorales gratuitos, con motivo de las elecciones generales de 1996, para difundir la Alternativa Democrática (antigua Alternativa KAS) de ETA. En julio de 1998, el diario *Egin*, próximo a la izquierda nacionalista radical, era cerrado por orden judicial, siendo sustituido al año siguiente por *Gara*» (p. 284).

Pero la batalla no estaba ganada: en 1998 la reacción unitaria contra ETA del año anterior se convirtió en una lucha *frentista* entre los grupos nacionalistas y los ahora denominados *constitucionalistas*, dando fin a la etapa del Pacto de Ajuria Enea. «A lo largo de 1998, el PNV y EA negociaron con ETA para conseguir una tregua (...). En efecto, el 12 de septiembre de 1998 se firmaba el Pacto de Estella, que suponía una unidad de acción entre todos los partidos y sindicatos nacionalistas (PNV, EA, HB, ELA, LAB, etc.), a los que se sumó Ezker Batua (EB), para resolver “el conflicto que afecta a Euskal Herria (...) en unas condiciones de ausencia permanente de todas las expresiones de violencia” (...). Cuatro días después, ETA anunciaba una “suspensión ilimitada de sus acciones armadas”. La tregua fue inicialmente bien recibida por la sociedad vasca, pero enseguida se vio que el Pacto de Estella se perfilaba como un frente *abertzale* semejante al que el PNV había rechazado en varias ocasiones a lo largo de su historia» (p. 286). La pregunta es: ¿por qué el PNV negoció un pacto que no le convenía?

El giro nacionalista abrió la puerta a la candidatura como *lehendakari* de José Ibarretxe. Las elecciones de 1998 confirmaron la alta polarización de la sociedad vasca: a los 21 parlamentarios del PNV, seguían los 16 del PP y los 14 del PSE y de Euskal Herritarrok (EH), nuevo nombre de HB. Pero en ese momento las cosas se jugaban a otro nivel: el alto el fuego de ETA fue considerado por el Gobierno Aznar y su ministro del Interior Jaime Mayor como una «tregua trampa». Esta postura, unida a la intransigencia de ETA, hicieron que fracasara la única reunión que tuvo lugar en Suiza en mayo de 1999. Volvieron los asesinatos, en este caso de vascos socialistas como Fernando Buesa, y el PNV tuvo que romper su coalición con EH, que se retiró del Parlamento. Las nuevas elecciones (mayo de 2001), arrojaron resultados sorprendentes: PNV-EA obtuvo 33 parlamentarios, el PP —con Unidad Alavesa— 19, el PSE 13 y EH pasó de 14 a 7.

La lucha contra ETA, con cada vez mayor apoyo internacional, redujo considerablemente los atentados; y al mismo tiempo comenzó «un cerco legislativo y judicial contra el *entorno* de ETA, cuyo punto de partida fue la firma por el PP y el PSOE del Pacto Antiterrorista (...) en diciembre del 2000. Mientras los nacionalistas democráticos lo rechazaron, los constitucionalistas se comprometían a acabar con ETA por vías policiales y a hacer desaparecer “cualquier intento de legitimación política, directa o indirecta, de la violencia”» (p. 290). El Pacto dio sus resultados en los años siguientes (Ley de Partidos

RECENSIONES

de 2002), aunque no consiguió que el PNV y EA rompieran el Pacto de Estella. Mientras, el Gobierno de Ibarretxe pretendía aprobar un nuevo y más exigente Estatuto al que al final tuvo que renunciar: a pesar de la vuelta al poder del PSOE con Rodríguez Zapatero en marzo de 2004, el 1 de febrero de 2005 Ibarretxe presentó el plan en persona en el Congreso con maneras amables y los resultados previsibles: 313 votos en contra frente a 29 a favor (de los nacionalistas vascos, catalanes y gallegos más parte de IU).

Zapatero dio el visto bueno a una negociación con ETA que, desde hacía años, estaban preparando Jesús Eguiguren (PSE) y Arnaldo Otegi (Batasuna). Las reuniones, que, tras el aval del Congreso tuvieron lugar en Ginebra y en Oslo, entre Eguiguren y el representante de ETA Josu Ternera, no tuvieron éxito: «mientras el Gobierno español buscaba asegurar el final definitivo de ETA, esta no renunciaba a imponer cuestiones políticas, como la creación en el plazo de dos años de un órgano común para Euskadi y Navarra, la inmediata legalización de Batasuna y el derecho de autodeterminación. El 30 de diciembre de 2006 ETA colocaba una bomba en el aeropuerto de Madrid, matando a dos ciudadanos ecuatorianos. El Gobierno dio por cerrado el proceso» (p. 295).

Los comicios de marzo de 2009 dieron paso a una situación inédita en la historia reciente de España. Una aplicación estricta de la Ley de Partidos dejaba fuera de las elecciones a la candidatura de la izquierda nacionalista radical. El PNV, sin el apoyo de EA, volvió a ganar, con 30 escaños; pero se impuso el peso de los partidos constitucionalistas: el PP obtuvo 13 escaños; pero el mayor ascenso fue el del PSE de Patxi López, que pasó de los 18 a los 25. Tras el acuerdo político entre el PSE y PP y el apoyo de la exdirigente socialista Rosa Díez, la candidatura de López sumaba 39 votos frente a los 35 de Ibarretxe (PNV, 1 de EA y 4 de Aralar, una escisión de HB que condenaba la violencia de ETA), que anunció su retirada definitiva de la política (p. 298).

«La oposición parlamentaria *jelkide* contra López fue muy dura (...pero su gobierno) trató de aplicar una lógica de “normalidad”. Su programa se centraba en la tolerancia cero contra ETA, la recuperación económica y el respeto a la pluralidad. Aprovechando que los socialistas gobernaban tanto en Madrid como en Vitoria, en esa etapa Euskadi recibió trece nuevas transferencias de la administración central, frente a las tres de la etapa de Ibarretxe» (p. 299). El *lehendakari* «tuvo que afrontar los momentos más duros de la crisis económica de 2008, que llevó a la convocatoria de cinco huelgas generales durante su mandato. La deslegitimación de ETA y el apoyo a sus víctimas fue uno de los principales objetivos del Gobierno socialista. Se comprometió a terminar con la *kale borroka*, se empeñó en la retirada del espacio público de símbolos de enaltecimiento a ETA y puso en marcha una política de memoria crítica sobre ella» (pp. 299-300).

Pero, una vez más, el acuerdo entre los partidos constitucionalistas dejó de funcionar, y la izquierda *abertzale* consiguió que en 2011 se aprobara un nuevo partido, Sortu, y «miembros de este sector presentaron candidaturas de coalición con EA y el pequeño partido Alternatiba (escindido de EB), con el nombre de Bildu, que finalmente pudieron acudir a las urnas» (p. 300).

«Durante la presidencia de Patxi López se había producido un hito en la historia de Euskadi: el adiós definitivo a las armas de una ETA que había quedado ya muy debilitada tras el final de la tregua de 2006, rota por el atentado de Barajas. En 2009, cometió sus últimos cuatro asesinatos. En septiembre de ese año ETA comunicó su decisión de “no

RECENSIONES

llevar a cabo acciones armadas ofensivas”. Tanto el Gobierno español como el PP mostraron su prevención, pero en enero de 2011 la organización anunciaba un “alto el fuego permanente y de carácter general, que puede ser verificado por la comunidad internacional”. Cada vez estaba más claro que el final de ETA quedaba próximo. El 17 de octubre de 2011 ese *tercer espacio* nacido en 1982 (p. 283) organizó una Conferencia Internacional sobre la Paz en San Sebastián. El foro contó con la presencia de mediadores y personalidades internacionales. Además de los partidos nacionalistas, asistieron destacados miembros del PSE, que fueron criticados por ello por el PP. La Conferencia llamó a ETA a abandonar definitivamente la violencia. Tres días después, el 20 de octubre, esta anunciaba “el cese definitivo de su actividad armada” y hacía un llamamiento “a los Gobiernos de España y Francia para abrir un proceso de diálogo directo que tenga por objetivo la resolución de las consecuencias del conflicto”» (pp. 301-302).

La noticia fue acogida con alegría por las instituciones, los partidos y la opinión pública, que era consciente de vivir un acontecimiento histórico, aunque hasta el tres de mayo de 2018 ETA no comunicó su disolución definitiva. La organización terminó sin conseguir ninguna de las contrapartidas que pretendía (ni políticas ni relativas a sus presos), pues la decisión del Gobierno del PP de Rajoy de no hacer concesiones se mantuvo firme. «Buena parte de los presos de ETA han ido saliendo de la cárcel según cumplían sus condenas (...). Algunos (...) han reconocido el daño causado e incluso han participado en encuentros restaurativos con las víctimas, si bien otros muchos no lo han hecho e incluso han sido objeto de homenajes (*ongi etorris*) al salir de prisión». Estos homenajes se han multiplicado en los dos últimos años.

Me interesan menos las causas múltiples del final (a mi modo de ver inevitable) de ETA que sus secuelas, «cerca de 850 muertos y casi 2.600 heridos (...). Las víctimas y sus familiares han sido los grandes damnificados», no del conflicto sino de la carnicería. «Entre 1999 y 2015, las Cortes españolas aprobaron dos leyes de solidaridad y protección integral a las víctimas del terrorismo; el Parlamento vasco promulgó también su propia ley, en 2014 aprobó el Instituto Gogora; al año siguiente se inauguró en Vitoria el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, dependiente del Ministerio del Interior, pero con participación de todas las instituciones» (p. 303).

Contra lo que muchos pensaron, los Gobiernos socialistas no sacaron rédito electoral del hecho de haber acabado con ETA. En 2011 llegaba Rajoy al poder y en 2012 el PNV volvió a ganar las elecciones (27 escaños frente a los 21 de la coalición formada por la izquierda *abertzale*, más un claro descenso de socialistas y populares). El candidato *jelkide*, Iñigo Urkullu, fue elegido *lehendakari* con los votos del PNV, formando un Gobierno monocolor que, al estar en minoría, se veía obligado a pactar. Su socio preferente fue, una vez más, el PSE (p. 304).

En las municipales de mayo de 2015, pese a la irrupción de nuevos partidos que estaban poniendo a prueba la política española (Podemos y Ciudadanos), el PNV volvió a ser el partido más votado, controlando de nuevo, como en 1979, las tres Diputaciones y los Ayuntamientos de las tres capitales. Incluso en Navarra, pese a que el nacionalismo seguía siendo minoritario, la crisis del navarrismo conservador y la dispersión electoral permitió a Geroa Bai (coalición en la que estaba incluido el PNV) alcanzar el gobierno de

RECENSIONES

la comunidad foral, con Uxue Barkos de presidenta, mientras que EH Bildu obtenía la alcaldía de Pamplona.

Nunca en la historia el nacionalismo vasco había tenido tanto poder institucional en las cuatro provincias, aunque la situación en Navarra era debida, en buena medida, a la crisis del bipartidismo en España y se revirtió en 2019. En Euskadi, los partidos clásicos parecían estar aguantando mucho mejor, aunque en las generales de 2015 y 2016 Podemos se convirtió sorprendentemente en el partido más votado en el País Vasco; pero en las últimas elecciones al Parlamento vasco, de septiembre de 2016, el PNV volvió a ganar con 28 escaños, mientras Podemos hizo perder apoyos a EH Bildu y, sobre todo, al PSE (pp. 304-305).

En esta ocasión, el PNV llegó a un acuerdo con los socialistas para investir de nuevo *lehendakari* a Urkullu, que desde noviembre de 2016 —y también después de las últimas elecciones de 2020— preside un Gobierno de coalición PNV-PSE, apoyándose en otros grupos para conseguir aprobar los presupuestos y mantener la estabilidad. En este sentido, el callejón sin salida al que se vio abocada Cataluña desde 2017, tras la estrategia rupturista del catalanismo mayoritario, históricamente más moderado que el PNV, actuó posiblemente como un contramodelo para los principales dirigentes *jelkides*. De hecho, el propio Urkullu intentó mediar en 2017 entre Rajoy y el presidente de la Generalitat Carles Puigdemont, en el momento más duro de la crisis catalana, para que ambos llegaran a un acuerdo. El pragmatismo *jelkide* se reflejó también en su voto en las Cortes a favor de los presupuestos del Gobierno del PP en 2018, si bien poco después apoyó la moción de censura que hizo caer a Rajoy y convirtió al socialista Pedro Sánchez en el nuevo presidente del Gobierno central en junio de 2018 (p. 305).

Me parece que no se puede mantener el juicio de los autores, que afirman que «en la enmarañada situación política española reciente, el País Vasco ha mantenido una mayor estabilidad, gracias en buena medida a la centralidad de un PNV que parecía haberse acostumbrado a ganar elección tras elección». Ya se dice poco después que «el PNV no ha renunciado a lograr un mayor autogobierno, planteando un nuevo estatus para la Comunidad Autónoma del País Vasco, superior al aprobado en 1979. A pesar de seguir compartiendo Gobierno con el PSE, en mayo de 2018 el PNV aprobó con EH Bildu en el Parlamento unas bases para elaborar un nuevo estatuto, que definía en su preámbulo a Euskal Herria como nación y establecía “un nuevo modo de relación bilateral de naturaleza confederal con el Estado”, incluyendo el “derecho a decidir de la ciudadanía vasca”. El anteproyecto fue rechazado por los demás partidos, que acusaron a los nacionalistas de intentar modificar la Constitución española desde el Parlamento vasco» (pp. 305-306).

El asunto está ahora en estudio, y la frustración de EH Bildu y del PNV es evidente. También lo es que «para hacerse realidad, este nuevo Estatuto vasco deberá ser debatido y aprobado por el Parlamento vasco y por las Cortes españolas» (p. 306), y que en los dos últimos años, el PNV se ha instalado, de manera permanente, en el ámbito «estatal», en lo que los medios de comunicación llaman «coalición Frankenstein», aprobando incluso proyectos de ley como el de la eutanasia (¿qué diría su fundador?), y sigue sin reconocer, igual que Sabino Arana, la realidad de una nación llamada España. Mientras en mi tierra no existan más realidades con pretensiones de soberanía que Euskadi y «el

RECENSIONES

Estado», no se habrá llegado a una solución satisfactoria para los ciudadanos de la CAV. Entre Euskadi y Europa existe España.

Hay otro modo, no por más sencillo menos eficaz, de comprobar el grado de actualización y ampliación de esta segunda edición de la *Breve historia de Euskadi*, y es el de acudir a la «Bibliografía» citada al final. De manera aproximada, se puede decir el número de libros recogidos en esta segunda edición de 2020 supera en 111 al de los citados en la primera edición: es una buena muestra de la vitalidad de la historiografía vasca y del rigor con que los autores han confeccionado la nueva edición (porque no todos los nuevos títulos son posteriores a 2011).

José Luis de la Granja Sainz es catedrático de Historia contemporánea en la Universidad del País Vasco. Entre sus libros destacan *Nacionalismo y II República en el País Vasco* (1986 y 2008); *El nacionalismo vasco: Un siglo de Historia* (1995 y 2002); *El siglo de Euskadi* (2003); *Ángel o demonio: Sabino Arana* (2015). Es, además, coeditor de otras tres obras importantes, la última de ellas *La España del siglo XX a debate. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara* (2017) y coautor de tres más, la última: *Vidas cruzadas: Prieto y Aguirre. Los padres fundadores de Euskadi* (2017). **Santiago de Pablo Contreras** es también catedrático de Historia contemporánea en la misma universidad y durante el curso 2009-2010 fue Douglass Visiting Scholar en el Centre for Basque Studies de la Universidad de Nevada, en Reno. Su trabajo se ha centrado en la historia del País Vasco y del nacionalismo en el siglo XX y en las relaciones entre el cine y la historia. De sus 25 libros destacan: *La patria soñada* (2015); *Creadores de sombras. ETA y el nacionalismo vasco a través del cine* (2017) y, como coautor, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco* (1999, 2001 y 2005). **Coro Rubio Pobes** es Profesora titular de Historia contemporánea en la Universidad del País Vasco. Entre sus libros destacan: *Revolución y tradición. El País Vasco ante la Revolución liberal y la construcción del Estado español, 1808-1868* (1996); *Fueros y Constitución: la lucha por el control del poder. País Vasco 1808-1868* (1997); *La identidad vasca en el siglo XIX. Discurso y agentes sociales* (2003); y *Pedro Egaña. Discursos y escritos* (2019).

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra